

Logias y comandos paralelos

La Casa Rosada —el viejo palacio de los gobernadores españoles de Buenos Aires— y el Ministerio del Ejército registraron estos días un movimiento inusitado. Generales y altos oficiales entraban y salían con paso rápido, en los salones y despachos se celebraban conciliábulos y los teléfonos mantenían contacto permanente con las guarniciones situadas en diversos lugares de la capital federal argentina. En los cafés de la Avenida de Mayo o ante las pizarras de los diarios «La Prensa», «Crítica» y «La Nación», corrillos de porteños afirmaban que el Gobierno provisional hacía frente a una de sus crisis más graves.

A nadie había engañado el gesto del Presidente Aramburu, que, informado de la renuncia del ministro del Ejército, había partido en avión para Neuquén, conforme al programa oficial establecido, tratando así de restar importancia al hecho y dejando abierta una profunda fisura en el seno de la «familia militar argentina».

El general Arturo Ossorio Arana, ministro del Ejército, y su subsecretario, el general Luis Leguizamón Martínez, que habían capeado ya muchos temporales políticos desde que asumieron el cargo en noviembre de 1955, caían derribados por el ímpetu del general Héctor Solana Pacheco, del arma de caballería, que hasta hace unos meses había sido agregado militar en Madrid. Las gestiones llevadas a cabo ante los jefes de las guarniciones para encontrar apoyo, como en otras ocasiones fracasaron en ésta, y el Gobierno provisional hubo de aceptar la renuncia de ambos.

Los «gorilas».—En el fondo, decían en los cafés los «bien informados», era una nueva manifestación de la pugna entre los generales y la oficialidad joven, desencadenada ahora por la exigencia del general Solana Pacheco, nombrado director del Colegio Militar, de acabar con los «comandos paralelos», organizados por los jóvenes oficiales para llevar hasta sus últimas consecuencias los objetivos de la «Revolución Libertadora».

En los días de la caída de Perón, en septiembre de 1955, una canción de ritmo caliente-estaba de moda en Buenos Aires, «Que vienen los gorilas». Los «gorilas» llegaron a la ca-

pital a bordo de los buques de la Escuadra, y desde Córdoba acompañando al general Lonardi y el pueblo dió a los triunfadores este nombre, que ellos terminaron por hacer suyo, hasta el punto que hoy editan un semanario que así se llama, «El Gorila», donde defienden su política.

«El Gorila» sostiene que el país está enfermo, que diez años de régimen peronista han afectado no sólo a su economía, sino sobre todo, su salud moral, y que ésta se recobrará una vez que hayan sido restauradas las «instituciones democráti-



Aramburu.

cas». El pueblo, «víctima de la tiranía y la demagogia, ha olvidado el verdadero significado de la Libertad y la Democracia», y es preciso devolvérselo, aunque sea por la fuerza.

En nombre de estos ideales, en los que creen con fe de cruzados, los tenientes y capitanes, y muchos generales y jefes superiores, organizados en «comandos paralelos» fiscalizan la labor del Gobierno, depuran las tres Armas, la Administración y la Universidad, detienen o deportan a los enemigos de la Revolución Libertadora, proscriben partidos políticos o controlan los diarios que pertenecían antes a la cadena oficial.

Hacia un régimen parlamentario.— Los «gorilas», inbuídos de espíritu

liberal y asesorados por algunos viejos y veteranos políticos, creen en la existencia de fantasmas, tales como el nazismo, el rosismo o la Inquisición, o temen la voz de un hombre que pueda electrizar a las masas, y por ello ensayan la realización de un sistema que impida la reaparición de aquellos espectáculos brúncos y multitudinarios, que tenían lugar hace unos años, en la fecha del 17 de octubre, en la Plaza de Mayo. La solución encontrada es la de desterrar el régimen presidencialista que ha imperado en Argentina, según el modelo norteamericano, y sustituirlo por el régimen parlamentario, a la manera francesa, con un Congreso que sea rey y señor, en el que estén representados la multitud de pequeños partidos surgidos con motivo de la caída de Perón. Cerrarán así el camino al sillón presidencial a Arturo Frondizi, el candidato del ala izquierda del partido radical, que habla hoy un lenguaje que recuerda a muchos el que antes empleara el «hombre de Caracas», eufemismo añejado para aludir a Perón, cuyo nombre está prohibido escribir en Argentina.

Por eso la más pura tendencia «gorila» impuso la celebración de elecciones el 28 de julio próximo para designar los miembros de la Asamblea Constituyente, que habrá de modificar la Constitución liberal y presidencialista de 1853, y, una vez conseguido esto, las elecciones generales para el 23 de febrero del año próximo.

Los oficiales piden cuentas.—Los tenientes y capitanes, libres de compromisos con el pasado peronista, a través de los «comandos paralelos», han pedido cuentas a los generales, muchos de los cuales gozaron de los favores y prebendas del «régimen depuesto». La depuración diezmó las filas de los jefes superiores del Ejército, dejando a éste prácticamente dismantelado.

Porque uno de los aspectos fundamentales del problema argentino es que la caída de Perón fué posible por el papel asumido por la Marina, que es la que decidió la revolución. Los cuadros de ésta permanecieron prácticamente intactos, después de separar de la jefatura a unos cuantos almirantes y contraalmirantes. En cambio, la mayoría de los jefes del Ejército fueron fieles a Perón, y así se explica que un solo día fueran borrados de sus escalafones 700 oficiales, solamente desde el grado de

mayor (comandante) al de coronel.

A esta deapuración inicial siguieron otras: el golpe palaciego que depuso a Lonardi, primer Presidente provisional, en su choque con los «gorilas» que no querían aceptar su fórmula de «ni vencedores, ni vencidos», llevó a la oposición al general Bengoa, su ministro del Ejército; al general Uranga, su ministro de Transportes, y al coronel Señorans. El fracasado complot peronista del 9 de junio de 1956, condujo ante el pelotón de fusilamiento al general Valle, arrojó al exilio al general Tanco y al mayor Vicente, y a la cárcel a los coroneles Ruchti y Franco y al mayor Philippeaux, entre otros —una prisión que ha terminado con la fuga de los tres, y que hace pensar a algunos que es otro aspecto más de la sorda lucha que tiene lugar entre bastidores—. La actuación de 14 generales, que intentaron imponer moderación a la política de los «gorilas», fué sancionada en noviembre pasado, con su pase colectivo a la situación de retiro.

Los jóvenes oficiales del Ejército, y algunos de sus jefes, como los generales Ossorio Arana, Leguizamón Martínez, González, Lanuse y los coroneles Spiritu y Boncarrere, han venido, así, manteniendo la más intransigente de las posiciones «gorilas» para demostrar su espíritu revolucionario a los marinos, que siguen estimando que a ellos exclusivamente se debe la caída de Perón, y la cobran en posiciones clave, o en portaaviones.

La Marina y la Aviación.—En el juego de fuerzas, la más joven de las tres armas, la Aeronáutica, sabe que no puede decidir por sí sola una situación, pero no oculta sus reservas hacia la política de los «gorilas». El comodoro Julio César Krause, entonces ministro de Aeronáutica, se opuso hace un par de meses, a la convocatoria de las elecciones constituyentes, que debe traer como consecuencia la sustitución del régimen presidencialista por el parlamentario, y la crisis entonces provocada, que culminó con su alejamiento del cargo, no ha significado el debilitamiento de una fuerza que apoyando a la Marina o al Ejército puede inclinar la balanza en uno u otro sentido. Resulta significativa su detención, hace una semana, en momentos en que se abría la crisis provocada por la caída del ministro del Ejército, general Ossorio Arana.

En la Marina, por último, los «comandos paralelos» se llaman, por ejemplo, «Logia Gotro Frigio», y muchos porteños sostienen que van acompañadas del secreto ritual de los grados y del triángulo. Allí los capitanes son Palma, Robbio o Rivolta, junto al contralmirante Dellepiane. Su poder se puso de manifiesto al plantearse el «caso Rial», al ser publicadas en el semanario «Resistencia Popular», que apoya a Frondizi, cinco cartas del contralmirante Arturo Rial, subsecretario de Marina, en las que daba normas y exigía cuentas al Presidente Aramburu, sobre una serie de problemas políticos y económicos.

Una solución de compromiso.—El general Héctor Solanas Pacheco hace unos días, al exigir la supresión de los «comandos paralelos» en el Colegio Militar, no discutía una simple cuestión de orden interno. La renuncia del ministro del Ejército significaba el poner las cartas boca arriba sobre la suerte de la «Revolución Libertadora».

Buenos Aires sintió el impacto, y unas horas después, la agencia local Telam, difundía una noticia, publicada en diarios del interior del país, sobre un memorándum presentado por los generales Héctor Solanas Pacheco, Raúl Dumas, jefe del Estado Mayor y Guillermo Alvarez Spencer, al Presidente Pedro Eugenio Aramburu, en el que se pedía la anulación de las elecciones constituyentes; la celebración de elecciones ge-

nerales en el término de noventa días; la disolución de los «comandos paralelos»; la reorganización de los cuadros del Ejército, reincorporando a los 14 generales relegados de sus funciones en noviembre del año pasado, y a la formación de un tribunal de honor para juzgar la gestión política del coronel Emilio Boncarrere, actual interventor de la provincia de Buenos Aires. En resumen; la revisión y la modificación de la política «gorila».

Los conciliábulos en la Casa Rosada, en el Ministerio del Ejército, en los cuarteles y en la residencia presidencial de Olivos, han terminado con una solución de compromiso, según dice los observadores políticos en la capital argentina, el nombramiento del teniente general Víctor Majó, que era presidente del Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas, como nuevo ministro del Ejército.

La baza parecía perdida para los más puros representantes de la ideología «gorila», porque significaba aceptar condiciones, al poner en libertad al general Humberto Sosa Molina, ministro de Defensa de Perón, preso desde septiembre de 1955. Sin embargo, en la madrugada del jueves, se anunciaba la detención del general Emilio Buzzetti, comandante en jefe del Ejército, y del general Héctor Solanas Pacheco. El ambiente político argentino sigue reservándonos sorpresas y muestra que la partida no ha terminado todavía.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

D., domi-
ciliado en calle de
..... núm. desea suscribirse a SP por

Un año 360 pesetas.

Un semestre 180 »

Esta cantidad será abonada a razón de: (x)

30 pesetas al mes.

90 » al trimestre.

180 » al semestre.

360 » al año.

FIRMA,

(x) Consígnese la cantidad mensual que desee abonarse.